

DIARIO DE PALMA.

JUEVES 1º DE ENERO DE 1852.



Espíritu de la Prensa.

(De La España.)

Los días, como los hombres, tienen su fortuna, y grande ha sido la del 20 de diciembre de 1851. ¡Día memorable! Pertenece á la estación rigurosa y cruda; y ninguno de la risueña primavera, con sus auras y sus flores, ha sido tan grato, porque solo tú has cumplido el mas ardiente voto de España, la sucesión de su Reina. Todos te bendicen, al mismo tiempo que saludan y aclaman la nueva Princesa y á la segunda ISABEL. Bien inmenso que la Providencia dilatando los términos comunes nos ha hecho desear cinco años! Así el suceso tiene mucho de satisfacción al eficaz ruego de una nación generosa. Así el Príncipe tiene algo de dádiva celestial.

Lo que ella vale, bien se conoce en la pública emoción, en el general contento. Dentro de muy poco España entera sabrá la gran noticia, que mas que ninguna otra, con pasmosa celeridad se difunde. El universal regocijo tiene su electricidad tambien, y sin hilos de hierro corre la buena nueva instantáneamente todos los ámbitos de la monarquía, y llega, como á las ciudades, al claustro impenetrable donde no se quiere oír nada del mundo, á la solitaria casa de un bosque, y al humilde redil de alta montaña.

Madrid paga su privilegio de ser el primero que sabe el gran suceso, pasando desde sus primeros anuncios por la incertidumbre y las ansiedades del trance maternal. Mientras este dura, todas las clases del pueblo llenan las grandes plazas á que da la real morada, y hablan y preguntan é inquietan cuanto pasa, y se aproximan cuanto pueden al sitio de donde ha de salir la voz que calmará su angustiosa zozobra. Aquella multitud, que se agita cuidadosa de no producir ni lejano rumor que turbe el sosiego de la real estancia, ofrece un notable espectáculo. Nuestro pueblo no se acerca á los palacios de sus reyes sino para venerarlos y admirar en ellos á los hijos predilectos de la Providencia. En su mente apenas cabe la idea de que en un palacio se pueda padecer. Y ahora le mira, y le contempla, y sabe que... allí se está padeciendo... y eso lleva hasta el enternecimiento su filial interés. Pero ese padecimiento es su esperanza. Esa es la eterna mezcla del bien con el mal.

Mientras Madrid presenta ese aspecto, el gobierno, la grandeza, los senadores, los diputados, los capitanes generales, las autoridades todas llenan impacientes los régios salones, aguardando el suceso y la presentación oficial del Príncipe. Al nacer, dormido todavía á las impresiones, ya le esperan para rendirle homenaje todos los magnates y los mas altos poderes del Estado. Ancianos encanecidos en los campamentos y en los tribunales, encorvados por los años, y mirando enternecidos á la augusta niña como quien se asoma al porvenir, no eran allí otra cosa que la

historia pasada contemplando á la futura. Aquel era el compendio viviente de un siglo. Las ricas telas que aguardaban á la niña para envolverla y abrirla, regalo son de la ilustre provincia de Asturias, que se las da á los príncipes al darles su nombre, y que al cuidar de sus Reyes en la cuna parece recordarles que ella misma fue cuna tambien, y muy gloriosa, de nuestra gloriosísima monarquía.

En tanto que esto pasa, numerosas salvas de artillería pueblan los aires. El estampido del cañón, que siempre produce el sublime terror de las batallas, ahora es tan inofensivo como la niña misma que por primera vez entreabre sus ojos á la luz. El gran instrumento de destrucción sirve hoy para anunciar la vida, la alegría, la esperanza.

El nacimiento de un Rey es siempre un alto suceso político. Nace un hombre grande, y no es suceso sino en su familia, que ignora ella misma como los demás el porvenir y el renombre que la espera. Nace un Rey, y aun queriendo negarnos á lisongeras predicciones, sabemos que por regir los destinos del país en una época, que por lejana será muy adelantada, y por española será siempre gloriosa, él la dará su nombre y será tal vez su símbolo. Este es un nacimiento, en que á diferencia de todos los demás, sabemos, cuando se verifica, lo interesante que en él está la historia.

En el nacimiento de un Rey algo hay que colma de especial regocijo á una Reina. Otras madres al mirar en los brazos á su niño desvalido, sin antecedentes, con el oscuro problema de lo futuro delante de él, esperándole para su bien ó para su mal los dramas desconocidos del porvenir, sienten la pena anticipada de dejar á su hijo á la mitad de su carrera ó en los umbrales de la vida sin acompañarle toda ella para su remedio y su consuelo, y deslízanse de sus ojos ardientes lágrimas de temeroso enternecimiento, que caen tal vez sobre los dormidos párpados del niño... porque difícilmente puede venir sobre nosotros ni una satisfacción ni una pena, que no haya pasado por la mente y el corazón de quien nos dió el ser en esas vagas y silenciosas meditaciones de una madre junto á su cuna. La Reina, como madre, está en situación mas venturosa. Al mirar á su augusta niña, vé en ella una heredera de SAN FERNANDO y de ISABEL LA CATÓLICA, y contempla gozosa que para su hija la ascendencia es de reyes, su descendencia de reyes tambien: su historia es derecho y es gloria: su porvenir, el trono de España.

Y no es esto solo. La Reina ISABEL ha pasado por todos los goces de la vida que dan y proporcionan la juventud, la belleza, la riqueza, la mas alta gerarquía, el mando, la corona, en fin, con todo su poder y todas sus pompas. Un solo goce le faltaba: el de la maternidad. Ese superará á todos y colmará su alma de inefable delicia. Esta es sin duda la mayor de todas, cuando Dios, que concede á tan pocos aquellos dones de

la fortuna, ha hecho vulgar esa fruición santísima, fundamento de la familia, clave de la sociedad.

En los países monárquicos, el nacimiento de un Príncipe es un golpe eléctrico que cada uno siente en sí propio. Institución la mas antigua de todas, antigua como la sociedad; institución la mas gloriosa, porque con ella se confunde, y es ella misma, la historia de los pueblos; institución la mas fácil de comprender por todos, porque su sencillo mecanismo es el de la familia; institución en que las cuestiones de transmisión de poder tienen en el hecho de nacer, su popular, su trivial criterio; institución que dando persona á la autoridad la hace capaz de afectos y susceptible de entusiasmo hácia ella; institución respecto de la cual la veneración que hoy nos dicta la razón empezó por ser uno de los cariños que aprendimos de nuestros padres en la niñez, al asomarnos á la vida; institución que por su misma esencia, aun al caer deja tras sí un rastro luminoso, pues una dinastía de reyes se convierte en una dinastía de desgraciados, que el respeto público, ya purificado del interés, rodea de una compasión generosa; institución á que por lo mismo se adapta, y la ha salvado en graves crisis, la política del sentimiento, mas poderosa que la de la conveniencia y la del cálculo y que realza y engrandece nuestro ser moral; la institución monárquica está al cabo de tantos siglos infiltrada en la sociedad misma, y como encarnada en las afecciones, en las ideas, en las costumbres de todas las naciones de Europa. Y como si esto fuera poco, cuando la mayor ilustración, el gran ascendiente de numerosas clases, el adelantamiento humano en fin, han hecho necesaria una nueva distribución del poder público, nos hemos hallado con que la monarquía admitía dentro de sí una nueva forma política; con que á su sombra, secular y augusta, es como, mejor que por sí sola, prosperan recientes instituciones; con que la monarquía por último, como el catolicismo, no rechaza, sino que anima y da calor á todo verdadero progreso social y político. Los pueblos, que miran en su historia lo que para ellos fueron las monarquías; que contemplan lo que pueden ser hoy, fecundadas y fortalecidas por nuevas instituciones, por precisión las aman y las amarán como las amaron. No han hecho mas que explicarse á sí propios su culto monárquico; ilustrar su respeto; razonar su entusiasmo.

Y si esto sucede en Europa, ¿qué diremos de España? ¿no ha de ser monárquica la generosa nación que guiada por sus Reyes empleó siete siglos de heredada constancia en reconquistar su propia patria, y consiguió llevar triunfante la cruz, símbolo cristiano y símbolo nacional, desde Covadonga hasta Tarifa? ¿No ha de ser monárquica la nación en que, no un acto de gobierno, sino la dádiva que de sus joyas hizo una Reina, para quien hasta la temeridad se convertía en gloria, valió á España y á la Europa un